

echan siempre en cara sus reveses los partidos débiles, ó desafortunados.

La primera de estas acusaciones debía proporcionarle el destruir toda eminencia en derredor de sí; la segunda debía comprometerle decididamente en el sistema de terror y de sangre que se propuso adoptar, y que á poco tiempo la Nacion le vió desplegar y seguir con horrible perseverancia.

Era, sin duda alguna, el más poderoso obstáculo á la dominacion á que él aspiraba, el cabecilla Carnicer, á cuyo nombre y bajo cuya direccion se había hecho todo aquel año la guerra en el Bajo Aragon y Valencia. Daban á Carnicer mayor prestigio y nombradía un nombre más antiguo, su mayor edad, su carácter de militar, el mérito de haber sido el primero en proclamar y sostener en aquellos países los derechos de D. Carlos, y de haber organizado las primeras columnas que se formaron en el Maestrazgo. Algunas buenas cualidades, bondad, rectitud y generosidad, formaban, al decir de los suyos, su carácter. Carnicer había reconocido el mérito de Cabrera, le había empleado, le había distinguido, le había, aseguran, una vez salvado la vida, arrebatándole en sus brazos á una muerte segura.

Pero Cabrera no podía sufrir su yugo, ni otro alguno. Teníase en más que él, capaz de hacer más, y de obtener mayor fortuna por su cuenta. Sus relaciones en el cuartel de D. Carlos no debieron ponerle en demasiado buen predicamento, y cuando á poco de su derrota fué llamado á las Provincias á dar cuenta de su conducta, se cree que la orden de su llamamiento fué provocada por las informaciones de Cabrera, ó bien que su resolucion nació del deséo de justificarse para con su Rey de las imputaciones

que acaso supo ó conoció que le habían indispuerto en su ánimo.

Carnicer corrió á donde el deber de su obediencia ó de su honra le llamaba. Pero en el ejército de la Reina se supo con anticipacion y con minuciosa exactitud, qué día había de pasar, en qué disfraz y traje, y las señas más circunstanciadas de su persona. Reconocido por ellas en el puente de Miranda, fué fusilado á las pocas horas.

La voz pública atribuyó á Cabrera la traicion que puso en manos de sus enemigos á su jefe y favorecedor. Y cuando decimos voz pública, no hablamos de rumores esparcidos por sus contrarios. No. Estos olvidaron luego la muerte de Carnicer, que al principio celebraron. Pero los que más la sintieron fueron los suyos; los facciosos de Aragon los que la lloraron, y los que no han dudado jamás de que el aviso que precedía á su llegada, había partido de un falso amigo, que éste acaso no era otro que su ambicioso rival. En el ejército de Aragon, y aun en los mismos batallones que más inmediatamente obedecían y respetaban á Cabrera, esta opinion ha corrido siempre muy válida, y con un asentimiento superior al de una anécdota vulgar.

Es un hecho horrible sin duda: pruebas evidentes de una justificacion plena é indubitable faltan. Pero el hecho cabe en el carácter de Cabrera; está en armonía y consonancia con su conducta; revela, como otros varios, que su alma es de aquellas para las cuales toda la inmoralidad de los medios desaparece ante la consecucion de los resultados.

Frecuente es en las pasiones políticas esta disposicion de la conciencia. La Historia presenta siempre este fenómeno en las regiones de la ambicion. Nuestros ojos le

han visto reproducirse más de una vez en la triste situación de nuestra contienda. No ha sido Cabrera solamente el que nos ha dado tan horrible espectáculo. Con circunstancias más ó ménos agravantes, se ha puesto más de una vez en escena; y personas que desdeñarían altamente entrar en parangon con el que fué llamado Tigre del Maestrazgo, no han escrupulizado en usar, para deshacerse de sus émulos, de medios, sinó tan villanos, tan atroces sin duda, y que revelan tanta perversidad. La fortuna los ha coronado, y poco les importa que la posteridad los execre y los infame.

Tambien coronó los de Cabrera. Tambien empezó desde luego á mostrarse tan sagaz é intrigante, como audaz guerrillero. Muerto Carnicer, é investido por la córte del Pretendiente del título de Comandante General de las fuerzas carlistas de Aragon y Valencia, desde luego manifestó que este título no se le había dado en vano. Se halló solo y Jefe: pudo decir ya: *Papa sum*; y, léjos de hallarse inferior al rango á que había aspirado, empezó á mostrar que su elevacion no le venía de un puesto, á cuya altura llegaba más que suficientemente su talla.

Creyóse General, y lo fué. Afectó la superioridad, las distinciones, las exterioridades del mando. Conservó, como todos los grandes Capitanes, la franqueza, la confianza y familiaridad para con el soldado, conservando el respeto y temor para los Jefes subalternos. Se formó un cuerpo de escogida y privilegiada escolta. Dió grados, adoptó divisas. Organizó una terrible policía militar, y creó hasta una especie de administracion para distribuir los recursos con que debía sostener á sus tropas, y proveer á las necesidades de la guerra en todo el vasto distrito encargado á su mando. Buscar estos recursos y pro-

visiones era, sin duda, su principal objeto, y lo fué en su segunda campaña. Organizar mil hombres para obtener con ellos los medios de armar y mantener á un número siempre mayor, fué el plan de sus excursiones, y esta necesidad lo que se llamaron sus rapiñas. No le desviaron de él; no le paralizaron en su carrera las que se decían derrotas y desastres. Él no buscaba, no quería entonces todavía victorias. Buscaba soldados, armas y dinero: luego pensaría en pueblos y en fortificaciones. Batallas no le importaban. Los Jefes de la Reina le perseguían; á veces le derrotaban; pero le despreciaban demasiado, y á fuerza de despreciarle, no le comprendieron.

Así que en sus montañas de Tortosa tuvo allegada bastante gente para hacer rostro á las tropas que podían atajar su camino, se descuelga de aquellas breñas con mil hombres y cien caballos, y se presenta en campaña. Forcadell y los demás cabecillas le siguen; pero le obedecen ya.

Era el verano de 35. El mismo dia que una bala cortaba los dias de Zumalacárregui, y detenía los vujelos de la causa carlista, herida en la cabeza, aquel mismo dia inauguraba el nuevo General tortosino la segunda jornada de sus singulares hechos. La columna de Azpiroz se le opondría; pero no le detiene. Diríjese hácia Maella; pero obligado por las tropas de Noguera á contramarchar rápidamente, aparece en la vertiente meridional del Maestrazgo, amenazando á pueblos respetables. Penetra en Segorbe, donde había hecho un pedido de gran cantidad de dinero. Nuestras tropas no le dan tiempo á realizarlo, y, abandonando un rico botín, se retira precipitadamente hácia las espesuras del Mijares, con considerable pérdida numérica en sus filas, que le

obligó á hacer reunir en torno suyo las columnas de Quílez y el Serrador. Con ellos recorrió algunos pueblos del Maestrazgo, haciendo exacciones, y llevándose con frecuencia rehenes cuando no aprontaban sus pedidos. Presentase á poco en la frontera de Castilla, y amenaza al pueblo de Ademuz. Embiste luego á Requena, y su animoso vecindario defiende valerosamente sus vidas y haciendas, sin dejarle penetrar en sus muros. Recorre parte de la provincia de Cuenca; vuelve á las montañas del Maestrazgo, por la parte de Teruel; es alcanzado en Mora de Rubielos, por el General Amor, y, aunque batido en esta accion, se había atrevido á presentarla con buena disposicion y bien tomadas posiciones. Tantas y tan continuadas marchas y contramarchas eran más funestas á nuestras tropas que los descabros que él padecía. Cansábanse en vano en busca de un enemigo, que por todas partes se les deslizaba, y que por donde quiera se les aparecía. No se daba él por vencido, siendo disperso; interin que nuestras tropas se encontraban inútiles á pocas horas de una victoria.

Poco tiempo despues de su desastre de Mora, se dirigió Cabrera á atacar el fuerte de Alcanar, á tres leguas de Vinaróz, que era como la atalaya y ciudadela de la playa de los Alfaques. Más confiados y animosos que afortunados, los nacionales de Vinaróz salieron á socorrer á sus vecinos. Fuéles adversa la fortuna, y acuchillados sin piedad por las tropas de Cabrera, lo escogido de aquella poblacion, y la flor de su juventud, dejó en el campo la vida en aquel dia de duelo. Cabrera estrechó, rindió y abrasó el fuerte de Alcanar, y, sin azuzar la desesperacion de los consternados habitantes de Vinaróz, regresó á preparar nuevas empresas y expediciones. Pen-

só en Teruel, y llegó, en efecto, á sus puertas, y atravesó por sus arrabales. Palaréa le perseguía de cerca; le alcanzó cerca de Molina, y, aunque con fuerzas inferiores, le causó gran pérdida, y le hizo diseminar su ejército. Cabrera, despues de haber dado pruebas de temerario valor, y de no comun inteligencia en esta batalla, se retiró á Lorcajo.

Era entónces el fin de Diciembre de 1835. El caudillo tortosino no había hecho más que correrías, y sufrido descabros, segun el lenguaje de sus perseguidores. Nosotros sólo vemos un hecho. Cuando Cabrera se descolgó de la sierra de Tortosa, en Junio, se presentó con mil infantes y cien caballos: era un batallon: en la accion de Molina contaba con siete mil hombres, y cuatrocientos caballos: era un ejército. El que lo mandaba, y lo había creado, podía llamarse tan General como cualquiera de los que eran nombrados para mandar fuerzas que no les debian á ellos, ni la organizacion ni la subsistencia.

En estas últimas expediciones había desplegado Cabrera un carácter de ferocidad, de que hasta entónces no se había visto ejemplo, ni aun en su propia conducta. Ningun oficial prisionero podía esperar cuartel de sus soldados. Ningun miliciano nacional caía en sus manos, que no fuese bárbaramente asesinado. Pero no eran sólo los que con las armas le hostilizaban las víctimas de su furor. Los amigos tibios, los paisanos inertes é indefensos, los rehenes que tomaba en seguridad de las sumas que exigía, los alcaldes de los pueblos que de alguna manera habían obedecido ó prestado algun servicio á las tropas de la Reina, ó que, en cualquier sentido, sospechaba que no habían sido bastante celosos en cumplir sus instrucciones, eran además diarias víctimas de sus

frias y desapiadadas órdenes. Habíase despertado en aquel corazon, siempre ansioso de conmociones fuertes, el feroz placer de verter sangre. No satisfacía esta necesidad la que se derramaba en la peléa. Éranle preciso ejecuciones tranquilas, muertes á sangre fria. Gozábale en el bárbaro espectáculo de las angustias y congojas de los que mandaba á la muerte. Presenciáballo con calma horrible, con serenidad más que de fiera.

No veían con más placer los bárbaros romanos una lucha de gladiadores, que contemplaba él, riendo y fumando, y agitando sus terribles y brillantes ojos, los tormentos de veinte ó treinta infelices que entregaba lentamente al plomo ó á la lanza y á la bayoneta de sus sangrientos genizaros. Este instinto de crueldad no podía atribuirse en Cabrera á la cobardía, como frecuentemente acontece. Valiente hasta la temeridad, no era cruel de miedo. Éralo acaso por ódio, y alimentábase esta bárbara pasión en su ignorancia. Precisado á gobernar y á hacerse autoridad respetable, él no conocía otro medio de gobierno que el que desde luego se ofrece al vulgo, el medio más fácil, más comun; el terror.

El terror es el arma favorita de todas las inteligencias atrasadas. Mandar, hacerse obedecer, es un talento que exige profundas combinaciones, penosos esfuerzos, sagacidad, prudencia, á veces hipocresía, y cuando ménos, reserva. Pero mandar matando, ahorra todo este trabajo de meditacion, suple con frecuencia todos esos recursos del carácter y de la inteligencia.

Algo de eso debía sucederle á Cabrera. Sin saber nada de gobierno; sin principios de administracion; sin aquel prestigio que impone á los pueblos; sin reputacion de moralidad; sin pretensiones siquiera de integridad y recti-

tud, no halló á mano otro recurso con que suplir á todas esas calidades, que la única que encontró más dominante y desenvuelta en su corazon. Cabrera no reconocía otro medio de hacer triunfar su causa, que el que Marat y Robespierre habían creído á propósito para plantear su sistema. Era, como ellos, un terrorista; un procónsul, guillotinator á nombre de D. Carlos, como Collot d'Herbois, como Carrier, á nombre de la revolucion. Cabrera, que no tenía grandeza propia, se propuso, para su elevacion, la ferocidad. Acaso esta cualidad vulgar y espantosa le hubiera perdido; pero afortunadamente para su causa, los Generales de la Reina se encargaron, sinó de encenderla, de santificarla.

Hubo un dia, —entre los horrorosos dias de nuestra encarnizada lucha, —un dia del año 36 del siglo XIX, en que los españoles presenciaron un espectáculo, de que apenas se dará ejemplo en los anales de los pueblos más bárbaros; un espectáculo que debía ensangrentar y ennegrecer las páginas de nuestra reciente Historia más que la matanza de las más desastrosas batallas; más que los asesinatos horribles de los foragidos; más que las atroces venganzas personales; más que las injustas y numerosas procripciones á que, en el desbordamiento de su furor, suelen entregarse, ciegos y desapiadados, los partidos. Hubo un dia en que vió, atónito y consternado, el pueblo de Tortosa, conducida y arrastrada á un sangriento patíbulo, á una pobre anciana de más de sesenta años, que había pasado toda su vida en los penosos deberes de la mujer pobre y honrada. Caída sobre el pecho la arrugada frente, descubierta la encanecida cabeza, ligadas sus manos con el Santo Crucifijo, que estrechaba contra su corazon, caminaba al suplicio con el abatimiento de su

edad y de su sexo; pero con la resignacion de un mártir. Su sangre corrió; cuatro balas destrozaron su pecho. Llamábase María Griñó. Ningun crimen había cometido aquella desgraciada; y al preguntarse unos á los otros, los espectadores de aquel horrendo crimen, por qué causa se la hacía morir, la contestacion hubo de ser esta bárbara respuesta: "Por ser madre de Cabrera!...."

¡Oh! Entónces, cuando se contó, no lo creímos. Seis años van, y muchos crímenes, muchos horrores hemos presenciado, y todavía nos estremecemos. La sangre ha corrido abundantemente; pero el campo de batalla no es el patíbulo, y la guerra santifica sus víctimas. La sangre de un solo inocente así derramada, una tan bárbara y tan atroz injusticia como el horrible hecho que referimos, mancha un partido, ensangrienta más una causa que la mortandad de cien combates.

No ha sido, sin embargo, el partido liberal, el responsable de atrocidad tan inaudita, ni seremos nosotros los que echemos sobre la causa de Isabel el feo borron de tamaño escándalo; nosotros, que no le atenuamos; nosotros, que no le disculpamos en manera alguna; nosotros, que le presentamos en toda su desnudez y en todo su negro horror. Pero presentándole así, le rechazamos de sobre nosotros, de sobre nuestra causa, de sobre nuestra nacion, de sobre nuestro pueblo. Ninguna masa numerosa de españoles es capaz de semejante atentado. La Madre de Cabrera no pereció siquiera, ni hubiera podido perecer, víctima de lo que se llama furor popular, en una conmocion pública.

Grandes crímenes se han cometido en esos accesos de ferocidad frenética; pero ninguno de ellos tiene un carácter tal de repugnancia y de injusticia. Hecho es de aque-

llos que sólo pueden cometerse á sangre fria, y uniendo la estupidez á la barbarie. Dos personas solas le ordenaron: ellas son solas las responsables. Todos los partidos, todos los pueblos, la nacion entera protestó, con un grito unánime de horror y reprobacion, contra aquella ejecucion parricida, que debía costar tantos raudales de sangre; que había de servir de pretexto, excusa y motivo aparente á tantas escenas de horror, á tan espantoso cúmulo de venganzas.

Desde aquel momento, Cabrera quedaba disculpado de todos sus horrores. El vértigo, el frenesí de matanza que le acometió, no podía justificarse jamás, pero se explicaba y se comprendía. Muchas veces hemos temblado al discurrir que en circunstancias semejantes hubiéramos podido ser mónstruos tambien. Nos hemos aterrado, cuando despues de la sangrienta relacion de los horrores cometidos en Aragon y Valencia, escuchábamos de boca de alguna persona pacífica y de condicion suave, estas palabras terribles: "Yo hubiera hecho más si hubieran fusilado á mi Madre."

Quisieron algunos decir que este hecho no fué parte para aumentar el número de las atrocidades de Cabrera, sanguinario ya de suyo, de antemano por tal reputado, y en cuyo corazon no tendría mucha cabida el amor hácia una madre, á la cual había ocasionado graves disgustos, y tenido con ella frecuentes y escandalosas desavenencias. Desde luego esta circunstancia agrava la atrocidad del hecho, disminuyendo la intimidad que existía entre madre é hijo, sin disminuir, empero, la sensacion que pudo despertarse en el corazon de Cabrera, por desnaturalizado que se le suponga. Se comprende cómo un mala cabeza puede maltratar á su Madre, y amarla sin embargo. Por ser

mónstruos, los hijos no pierden necesariamente ese sentimiento: es preciso que sean mónstruos las madres, para no ser amadas. Por lo demás, nadie hay en el mundo que pueda aborrecer á la que le llevó en su seno, al sér que más le amó, al sér que le ama siempre. Los buenos corazones, porque son buenos, las aman; y los perversos, tambien: los hombres malos, los hombres aborrecidos por la sociedad y el mundo, aman tambien á la única persona que los disculpa, y los tolera, y los quiere con todo, y los adora, y puede morir por ellos, como toda madre puede.

Nosotros creemos que Cabrera amaba á la suya; comprendemos cómo la imágén de aquella mujer, caminando al suplicio por él, debió convertirse en su corazon, predispuesto al furor, y en su imaginacion ardiente, en un objeto de culto y de venganza. La aureola de aquel martirio orlaba ya la frente de su hijo á los ojos de los suyos. Al ser instrumentos de sus decretos de muerte, ya pudieron no creerse asesinos cuando su caudillo los elevaba al rango de ejecutores de una venganza santa, y de un decreto del cielo; cuando todas aquellas espantosas carnicerías pudieron llamarse holocaustos. Espantosas fueron, sin duda. Más de treinta mujeres de oficiales y de nacionales, que se hallaban en poder de Cabrera, fueron inmoladas á su furor. Dió órden de no dar cuartel á ningun individuo de una familia cristina, sin diferencia de edad ni de sexo; y fué bárbaramente cumplida.

Entónces comenzó un período, sobre el cual nos abstenemos de dar pormenores; período de baldon, de ignominia, de degradacion, de vergüenza para la Nacion, para el siglo, para la Europa, para liberales, para carlistas, para todos; período de llanto y de duelo, de crimen y de frenesí, de delirio y embriaguez de sangre. Nada fué respetado;

nada fué perdonado. Inocencia, castidad, infancia, vejez, maternidad, nada pudo servir de garantía y salvo-conducto en aquella inaudita alternativa de represalias. El vapor de la sangre inocente, largamente derramada, enrojació aquella atmósfera, de la cual se apartaban aterrados los ojos de España y de la Europa; de la España, donde parecía no haber un hombre, ni un pensamiento de gobierno y de poder bastantes á atajar tales horrores; de la Europa, de esa Europa egoista hasta el crimen, de cuyos gobiernos ha desaparecido todo sentimiento, que no sea de interés individual é inmediato; en cuya diplomácia nada pesa el crimen con tal que esté distante; cuya ponderada y filantrópica civilizacion calcula hasta cuánto puede aprovechar en un punto como escarmiento, lo que en otras partes es plaga y desolacion.

La Europa y la España no tenian otro conjuro para las venganzas de Cabrera que llamarle tigre. Y en tanto, él se encaramó á la altura del formidable poder que le aseguraban, ante un pueblo, que á vista del motivo que le impulsaba, sentía sobradamente que aquellas eran irrevocables. El mismo sentimiento le engrandeció, le ennoblecó, le ligó con más estrechos lazos á la parte más exagerada y más fanática de su partido. La ejecucion de su Madre era una terrible garantía de que no retrocedería nunca, de que nunca habría en él piedad, ni blandura, ni contemporizaciones. D. Cárlos podía hacer General, en nombre de la política, al que despues del martirio de su Madre, se presentaba con la mision de un azote de Dios, de un génio exterminador.

Habíase ya para entónces hecho Cabrera una gran reputacion en el cuartel de D. Cárlos, y entre sus propias tropas. Era General, y se daba la importancia convenien-

te á su rango: sus subalternos, como á tal le respetaban, y se habían sometido á su superioridad. Nunca fijo en las ventajas presentes, sinó alimentado de grandes esperanzas, sólo pensaba en trabajos de organizacion, en medios de allegar recursos, de aumentar y de armar su ejército; en crearse los medios de fabricar el edificio de su elevacion, que, sin duda, se presentaba á su fantasía en proporciones inmensas. Á cada paso iban agrandándose sus miras. Las facciones de Aragon y Valencia no eran ya columnas sueltas; eran divisiones de su ejército. El Serrador, Quílez y Forcadell, jefes de estos cuerpos, eran sus subalternos. En derredor de su persona había ya reunido una escolta privilegiada, una guardia.

Él era la inteligencia que presidía á la combinacion de sus movimientos, la voluntad á que obedecían aquéllas masas. Él era el que las creaba, el que las alimentaba. Su eterno pensamiento era proveer á su subsistencia. El saquéo de las poblaciones ricas, el merodéo por los campos, eran sus contribuciones. Los alcaldes, á quienes hacía fusilar sin piedad, eran sus intendentes y sus celosos comisarios.

Había establecido cierta regularidad en este sistema: había cierta unidad y centralizacion en su administracion. En la distribucion de pagas, de botín y de alimentos, afectaba una igualdad religiosa, una equidad severa, y castigaba con la última pena toda falta de integridad y pureza en los agentes subalternos de su naciente Hacienda militar. Ha sido esta una de las dotes que le dieron más popularidad entre los suyos. No era sin duda la ménos importante de las cualidades que le aseguraban el amor y respeto de sus soldados, la confianza que supo inspirarles de que nada podía faltarles cuando él se hallaba á su frente.

Pero en tanto que trabajaba en dar á sus tropas la organizacion que exigía su aumento progresivo, y en aguerrirlas, endurecerlas, y darles la prodigiosa movilidad, que era el primer elemento de su táctica; en tanto que á favor de correrías en direcciones encontradas y lejanas distancias, extendía en un ámbito anchuroso el terror de su nombre, y el prestigio de su poder; en tanto que se presentaba en los confines de la provincia de Cuenca, y á pocos dias amenazaba los pueblos de la Plana de Castellon; mientras que invadía atrevidamente en Marzo la rica huerta del Turia, y tomaba á Liria, y difundía el terror de su presencia hasta las puertas mismas de la populosa Valencia, experimentando á su retirada una derrota equívoca en las alturas de Chiva; mientras que ponía á contribucion los pueblos de las inmediaciones de Teruel, y desplegaba una actividad incansable en procurarse armas, y en acopiar materiales para fundicion de balas y proyectiles; mientras que en las inmediaciones de Daroca caía con todas sus fuerzas sobre la columna del coronel Valdés, y le derrotaba completamente, revolviendo de allí á Siete-Aguas, Buñol, y pueblos de la Hoya, llevando de todas estas expediciones rico y crecido botín, había madurado en su cabeza, y ocupaba profundamente su desvelada atencion, el proyecto de dar un centro y una base á sus operaciones; de tener un punto que le sirviera como de capital, para asentar más arraigadamente su dominio en el vasto campo de sus excursiones; de asegurarse en todo evento un apoyo, una retirada, un foco de actividad, ó un refugio de reposo, á favor de cuyo abrigo y fortaleza pudiera dar á sus operaciones mayor unidad y consecuencia, y que, por medio de varias líneas de fuertes, le permitiera hacer como

una provincia ó un Estado carlista, que ir sucesivamente agrandando, así como había hecho con su ejército.

Este fué el plan que aquel año concibió y empezó á realizar Cabrera; que siguió sin desalentarse, á través de muchos obstáculos y vicisitudes, con la misma tenacidad y perseverancia de que había dado muestra en la organizacion de sus tropas, y cuyo mérito de ejecucion es acaso el más relevante mérito del caudillo tortosin, y el que más le realza y distingue entre el comun de los guerrilleros. Ninguno de los que con más celebridad han figurado como tales en España, pudo elevarse á un pensamiento tan vasto. Los principales Jefes de columna en la guerra de la Independencia, no lo habían intentado, ora fuese que no lo concibieran, ora que no lo necesitaran. El mismo Zumalacárregui, en las Provincias Vascongadas, no había tenido que emprender un trabajo que desde luego le había dado hecho un país sublevado en masa, y espontáneamente sometido á su autoridad; un país, que en cada cordillera ofrecía una línea de inexpugnables fortificaciones, y que abrigaba en su seno todas las personas, recursos y mantenimientos bastantes á defenderse.

Cabrera no se encontró en una posicion tan ventajosa. El país no estaba tan fanatizado; los pueblos no eran carlistas de suyo y en masa, como los de Navarra; no eran tan fuertes; no eran tan ricos; no tenían mar ni frontera. Cabrera no tuvo en dos años una fortaleza en que abrigarse, ni una poblacion considerable en que guarecerse. Túvola despues; se enseñoreó completamente de un vasto territorio; fundó, por decirlo así, un Estado y una capital, y extendió en derredor suyo líneas de defensa y de fortificacion. Pero lo adquirió todo palmo á

palmo; y aquella especie de baronía ó reino carlista, en que dominó tanto tiempo, y que llegó á dilatar en extension tan prodigiosa, fruto fué de combinadas operaciones, de lentas y continuas conquistas, como habían hecho nuestros antiguos Reyes al tomar de los árabes las ciudades y tierras que iban incorporando á sus Reinos.

No podía ocultársele á Cabrera, tan conocedor del terreno, y dotado de tan seguros instintos, cuál era el punto más á propósito para su objeto. La misma naturaleza se le designaba. El apoyo, el centro, la base, la retirada y la partida de sus operaciones había sido constantemente el Maestrazgo. Pero para poseerle era preciso tener á Morella, su llave, su ciudadela. Á este objeto se dirigieron todos sus planes, todas sus tentativas. Mas no era una empresa fácil, y, sin perderla de vista, no quiso perder el tiempo, y acometió en tanto otras ménos difíciles.

Entregósele vendida Cantavieja, y desplegó en fortificarla una actividad, que sólo podrá apreciar suficientemente el que haya visto las obras que hizo ejecutar, y los pocos recursos con que contaba. Él era el alma de aquellos trabajos, y como que hacía crecer con sus ojos y con sus gritos las murallas y fortificaciones. Allí estableció almacenes; allí, fábricas de fundicion: ya necesitaba artillería, y la tuvo allí: no tenía fusiles para la mitad de sus soldados, y mandó construir cañones.

Al mismo tiempo caía en su poder Alcalá de Chisbert, se rendía Torreblanca, y ponía sitio á la heroica Gandesa. Dos veces acometió esta plaza, cuya ocupacion debía ser tan importante para sus designios: dos veces sus valerosos habitantes le hicieron retroceder de delante de sus muros, merced, sin embargo, en la última, al oportuno socorro del General San Miguel. Tampoco fué más feliz en

sus primeras tentativas respecto á Morella. Debía esta ser entregada á los facciosos por medio de una traicion, que permitiría la entrada á las tropas de Cabrera por un portillo secreto. El Gobernador descubrió la conspiracion, y los principales autores pagaron su intento con la última pena. Pero Cabrera no se desviaba jamás de un pensamiento que creía conveniente ó necesario. Pocas cosas hay en la esfera de lo posible que resistan á la constancia de una voluntad decidida y apasionada. Cabrera continuó bloqueando á Morella con su corazon y con su pensamiento: se le había de rendir al fin. Pero entónces, nuevos é inesperados sucesos vinieron á interrumpir sus planes, y á lanzarle, á pesar suyo, en operaciones extrañas á sus proyectos, á sus esperanzas.

Por aquel tiempo hervía ya en ódios y parcialidades la córte de D. Carlos, y habían pasado con los primeros tiempos de union y entusiasmo, los dias de las prosperidades y victorias. Pero no había pasado la época de las ilusiones y de las locas esperanzas. Los ambiciosos intrigantes que rodeaban á aquel menguado Príncipe, le habían hecho creer que todo lo que tardaba en mantenerse encastillado en sus leales Provincias Vascongadas, era dilatar la conquista del trono de sus mayores. Hacíanle diariamente galanas y pomposas descripciones del espíritu que animaba al país, y le halagaban con la seguridad de que todos los pueblos de lo interior del Reino se pronunciarían por él en masa, á poco que alguna tropa de sus fuerzas les protegiese. No faltaban allí Jefes más entendidos, hombres conocedores de la situacion y de las circunstancias, que rechazasen tales despropósitos, y le advirtiesen de la temeridad de tan vanos intentos.

Don Carlos, sin embargo, tenía la desgracia de creer

lo más absurdo, de inclinarse á lo más descabellado. Sus más acreditados Jefes hubieron de transigir con sus exigencias, y de ceder algun tanto á las inspiraciones del partido fanático, que más tarde había de predominar en los consejos del Infante. Villarreal había sucedido al General Eguía en el mando de las tropas carlistas, no sin una sincera y tenaz resistencia para admitir un cargo, que, en aquellas circunstancias, le imponía la necesidad de emprender operaciones contrarias á su propio parecer y dictámen.

Figuraban entre ellas las expediciones á lo interior del Reino. El mal éxito de la tentativa de Batanero no había desalentado á los que tenían toda su confianza en este medio de guerra. Villarreal cedió, como ántes había cedido Eguía. Organizóse otra en mayor escala, y con mejores elementos; y Gomez, al frente de cinco batallones castellanos y dos escuadrones, forzada en la accion del Rivero, con derrota del general Tello y de su division, la línea de bloqueo, penetró en Castilla, recorrió todo el Norte de la Península hasta el cabo de Finisterre; regresó perseguido, y á poco volvió á girar triunfante y á penetrar en el corazon del Reino. Sus triunfos y ventajas hubieron sin duda de sorprender á los que no habían augurado bien de aquella tentativa, y se resolvió dar fuerzas á la expedicion, mermada en extremo por las marchas y fatigas. Cabrera recibió la orden de reunirse á Gomez con parte de sus tropas, y dejando á Forcadell con fuerzas considerables, y á la vista y cuidado de las operaciones del Maestrazgo, tomó la vuelta de Requena, en cuyas inmediaciones se reunió con el General expedicionario, para emprender juntos la correría de la Mancha y Andalucía.

No debía ser muy grata al caudillo catalan la compa-

ña del jefe andaluz. No podían maridarse muy bien la dulzura, suavidad y buenas maneras de Gomez, con la impetuosidad salvaje de Cabrera. Nunca había gustado éste de aparecer como auxiliar y en segundo término.

No sabía Cabrera obedecer, ni tomaba con entusiasmo empresas y acciones á las cuales no podía dar su nombre. La expedición de Gomez no tenía el suyo. Sus ventajas y sus reveses, su baldon ó su gloria, no le pertenecen: algunas atrocidades y depredaciones cometidas en la toma de Córdoba y del Almaden, y en otros pueblos de la Mancha y Extremadura, son la parte que en esta correría se le atribuye. Cuando la expedición pasó por la última de estas dos provincias, el desacuerdo entre los dos Jefes llegó á su colmo. En Cáceres rompieron formalmente, y se separaron.

Cabrera, colérico y despechado, trepó con alguna caballería la sierra de Montanech, para tomar á su vertiente el camino de la Mancha. En la villa que corona y da nombre á esta pequeña sierra, estuvo, sin saberlo, á riesgo de perecer. Sus habitantes, comprometidos la mayor parte por la causa de Isabel II, se hallaban ocultos en los muchos asilos que les proporcionaban aquellos peñascos y quebradas, llenos de sinuosidades, setos, tapias y ocultos callejones. Muchos de ellos se hallaban al paso mismo de los faciosos, escondidos á pocas varas de distancia. Habiéndose detenido un corto rato Cabrera á caballo, uno de aquellos naturales le tuvo apuntado con su carabina para matarle. El autor de este escrito estuvo en aquel paraje, y reconoció el sitio con la persona misma que iba á hacerle fuego. El tiro no hubiera podido errar, y en aquellas peñas fácilmente se hubieran deshecho los ágiles montanechos de su corta caballería. Pero ellos ignoraban el

rompimiento y desavenencia con Gomez; y la idea de que en pocas horas podían subir tropas á tomar venganza y á reducir á cenizas sus hogares, contuvo instantáneamente la mano que estaba ya en el gatillo. La carrera que hoy consideramos no estaba concluida. Cuando los hombres tienen que hacer algo en el mundo, sea que Dios los envíe para beneficio ó para castigo de los demás, la Providencia los protege de extraños modos, hasta que cumplen su destino.

De otro peligro mayor le salvó á poco. Las operaciones de sus tenientes en el Maestrazgo, se habían resentido de su ausencia. Morella no había sido tomada: otra nueva conspiración había abortado en sus muros; y entretanto el General D. Evaristo San Miguel se había apoderado de Cantavieja, su principal, hasta entonces, y más importante conquista. Las noticias de estos reveses apremiábanle á regresar al favorito teatro de sus campañas, allí donde él era necesario, y se creía importante. Pero fuese que, reducidas y mermadas sus tropas, no se atreviese á penetrar directamente; fuese que hubiese ya pensado en aconsejar á D. Carlos una expedición calculada segun sus planes y esperanzas, ello es que hallándose en la provincia de Soria con proporciones sin duda de correrse al Aragon sin ser muy hostigado, resolvió pasar ántes á Navarra, y llegó á Rincon de Soto, con ánimo de vadear el Ebro por aquel paraje.

Cara hubo de costarle su temeridad. Era en Diciembre, y el río iba crecido. El general Iribárrén, Jefe de la división de la ribera, cayó sobre él á este punto. Nunca sufrió tal vez Cabrera descalabro mayor. Sus exhaustas y menguadas tropas fueron acuchilladas completamente por la caballería de Iribárrén, y se desbandaron por aque-